

SON POCAS LAS personas que tratan de estudiar y comprender a fondo nuestro pasado, que es importante no por razones simplemente culturales o de adorno libresco, sino porque ¡quién podrá comprender el presente si ignora sus antecedentes! Creo que Daniel Cosío Villegas realiza por ello, una labor de importancia excepcional. Y no se trata desde luego, de manifestar adhesión a todas sus opiniones. Habrá muchos que difieran con razón de sus puntos de vista. De lo que se trata es de reconocer el esfuerzo permanente de un intelectual mexicano.

Como miembro del Colegio Nacional, Cosío Villegas "dicta" conferencias sobre temas históricos y, contra lo que pudiera creerse, pocas cosas tienen tanta vida actual, tanto interés, como una de sus pláticas. En la última que ha pronunciado habló sobre Porfirio Díaz como "aprendiz de político" refiriéndose a la época en que, a través de su plan de Tuxtepec de 1876, derribó al gobierno civil de Sebastián Lerdo de Tejada, el sucesor de Juárez.

Esta fue una etapa de las culminantes para nuestra patria, ^{mi} mayor importancia que otras más conocidas, pues ahí acabó el gobierno constitucional.

Cosío Villegas, que tanta atención ha prestado a la década anterior —a la que llama la República Restaurada— enfoca ahora su atención a la rebelión porfiriana y al gobierno que le siguió, y nos dice cómo el primer problema de Díaz fue el de "los adelantados", es decir, los jefes militares y gobernadores que tuvo que enviar a cada estado de la República en que no se prestó inmediata obediencia

al plan de Tuxtepec. Este fue un asunto muy pelagudo, pues con excepción de su propio Oaxaca, y de otros tres estados en que la fórmula caciquista era clara e inevitable, todo el resto del país constituía un cúmulo de cuestiones de muy difícil resolución.

Según el historiador Cosío Villegas, Porfirio Díaz fracasó en todos los casos en que intentó resolver tales problemas con esos "adelantados", y fracasó estruendosamente en Veracruz, en donde nombró gobernador y comandante militar a su amigo íntimo y compañero, don Luis Mier y Terán. Resultó que si éste era un militar más que mediocre, carecía por completo de sentido político: sus únicas virtudes fueron la lealtad y la amistad por Díaz. Incapaz de comprender elementales conceptos de gobierno, no podía distinguir, por ejemplo, entre su relación personal con Don Porfirio, y su relación oficial como Gobernador y como Jefe Militar con el Presidente de la República y con sus Ministros. Para coronar el cuadro, la voz popular lo consideraba loco, para lo que no faltaban buenas razones. Con este escenario y con tales personajes, sobrevino en junio de 1879 el drama tan conocido en nuestra historia, el "mátalos en caliente", que se refiere a la orden que dio Díaz a Mier y Terán para acabar con una supuesta revolución que hubiera sido ridícula y de comedia, a no ser por el dramático desenlace de nueve personas fusiladas.

No hay duda histórica alguna sobre la existencia de la orden de matar, nos dice Cosío, y si acaso sólo sobre la forma: si era por fusilamiento

o por ley fuga o de alguna otra manera. Y en este punto hizo el conferenciante una alusión a don Alberto María Carreño, —quien publicó el Archivo de Porfirio Díaz y que siempre defendió al dictador, aun en este caso de Veracruz— para acentuar que no se trata sólo de si existió o no el telegrama en que se contenía esa famosa frase, ya que existen otros elementos documentales de confirmación.

Después de aquel planteamiento del problema general de Díaz triunfante, y del caso especial de Veracruz y su mínima rebelión, se nos presenta la increíble cadena de torpezas de toda especie del gobierno para tratar de ocultar el asunto, y la también increíble firmeza del propio Díaz para sostener a capa y espada a Mier y Terán, conducta que siguió por muchos años después para coronarla en 1891, cuando ordena un entierro oficial suntuoso, fastuoso y lujoso, para su lamentable amigo íntimo.

Con este asunto "Porfirio Díaz comprometió para siempre el juicio de la historia". Pero ¿por qué ocurrió todo ello? Según Cosío fue un simple caso de psicosis, o más sencillamente, de miedo, lo que orilló a la realización de un acto que fue condenado prácticamente en forma unánime. Y sin embargo, desde el punto de vista de la realpolitik, Díaz triunfa posteriormente en todo lo que se propone. En la explicación de este último hecho se plantea una de las cuestiones más difíciles que puedan darse, pues toca a la calidad moral del pueblo mexicano, que si es capaz de erguirse contra la ignominia, no siempre lo ha hecho a tiempo.

El Nacional

Vernos, 2.º Jul